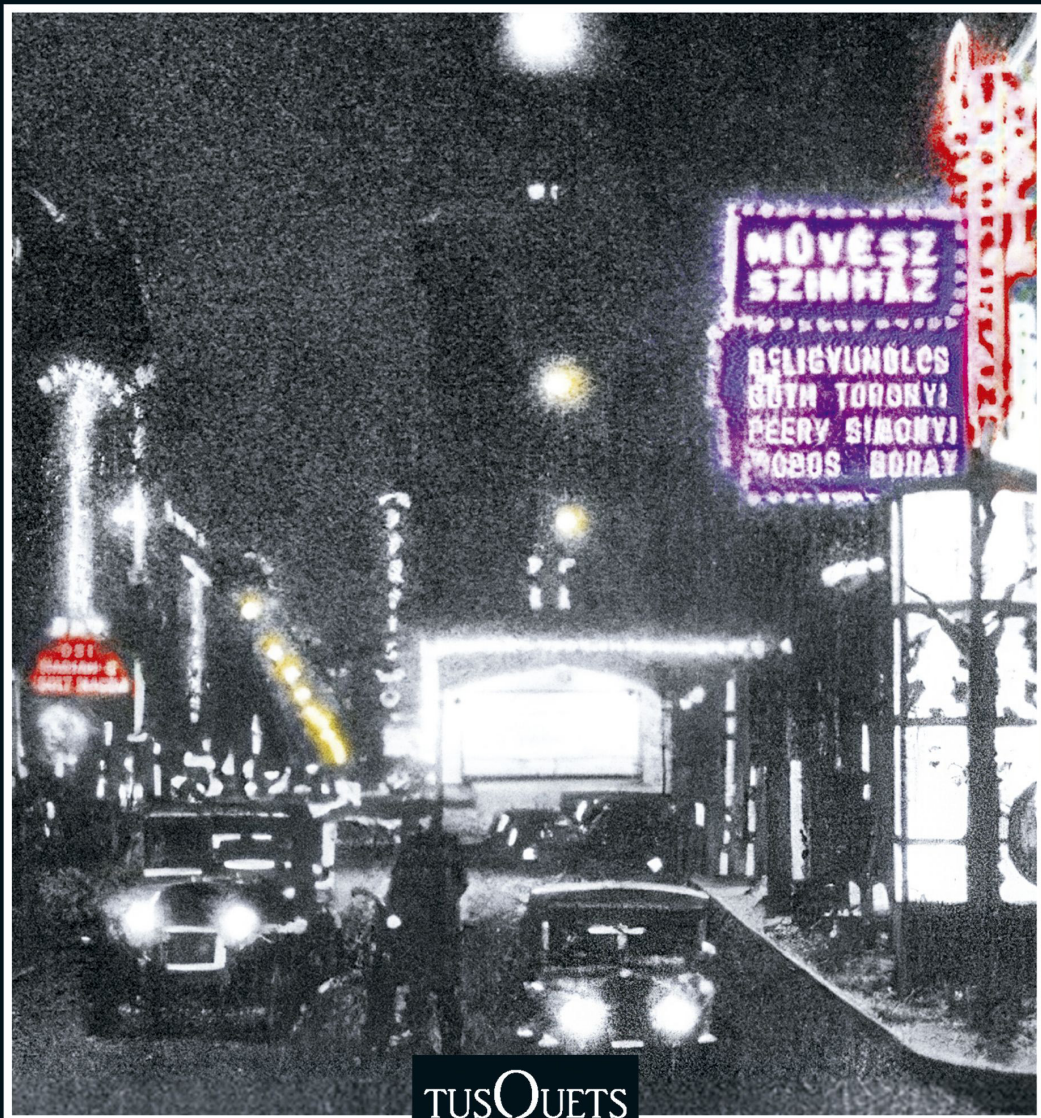


Thomas Pynchon

A OSCURAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

THOMAS PYNCHON
A OSCURAS

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Cuando los problemas llegan a la ciudad, suelen venir por las vías férreas de la North Shore Line. Y dados los tiempos convulsos que vive el lago Michigan a la altura de Chicago, con los vientos cambiantes, la derogación de la ley seca a la vuelta de la esquina, Big Al Capone en la trena federal de Atlanta, y los asuntos de la Mafia de Chicago más alterados e imprevisibles, todo el mundo que necesita una excusa para salir pitando de la ciudad acaba viniendo aquí, a Milwaukee, donde, por lo general, lo más grave que te puede ocurrir es que te roben la pasta.

Hicks McTaggart ha estado dando vueltas por el distrito de Third Ward, la mayor parte del día sin quitar ojo a un par de turistas con sombreros Borsalino y gabanes de pelo de camello, procedentes sin duda de sus cuarteles generales, lago Michigan abajo, en el cruce de la Calle 22 y la avenida Wabash, pues la Mafia de Chicago se ocupa de todo lo que se precise en Milwaukee desde que Vito Guardalabene la palmó, aunque al sucesor de Vito, Pete Guardalabene, todavía se le considera el jefe en el Third Ward y sus fotografías aparecen en las páginas de sociedad, sonriendo en bodas y esas cosas.

Merodeando por el callejón al que da la parte trasera del Bella Palermo, el restaurante de Pasquale, Hicks oye la algarabía de un compadreo que enrolla fideos, le llega el olor a salsa de espaguetis, a ajo friéndose y a *sfinciuni bagherese* haciéndose sobre un fuego de ramas de olivo, y eso le da hambre, aunque hoy, tan cerca del día de cobro, el menú de su comida es un termo de café

y un buñuelo de mantequilla que lleva metido en alguno de sus bolsillos.

Cuando se produce la explosión, parece proceder de alguna parte de la otra orilla del río y más cerca del lago. Los cubiertos y la cristalería hacen una pausa entre la mesa y la boca, como si todo el mundo estuviera observando un momento de quietud, y nadie parece sorprendido.

Es todavía el tema de conversación un poco después, cuando la gente sale apresuradamente a la calle.

—Vienes buscando un poco de paz y tranquilidad, y antes de que te des cuenta...

—Esto empieza a parecerse a Chicago.

Todo el mundo mira a los demás como si todos estuvieran metidos en algo. Tras la familiaridad o la indiferencia, se está cociendo una profunda maldad.

Durante las siguientes escasas horas, hasta que los dos tipos vuelven a subirse al tren, Hicks escucha no pocas historias diferentes, relacionadas con los líos de faldas del hampa, o con atracos para robar alcohol de los que todo quisqui ha oído hablar antes; pero ninguna le aporta gran cosa, ni siquiera lo que descubre cuando se acerca a la combinación de farmacia y ferretería, además de barra de almuerzos, conocida como Oriental Drugs, el verdadero corazón del East Side y fuente habitual de información fiable de Hicks en Milwaukee, y a veces hasta lugar para comer cuando no está demasiado cerca el día de cobro; porque, cuando sí está cerca el día de cobro, prefiere ir al Otto's Oasis, un antro clandestino de licor, camuflado bajo un puesto de comida ambulante de barrio, con una lista de bebidas que abarca desde alcohol casero destilado hace apenas unas horas hasta importaciones de ron Real McCoy que se saltan el bloqueo, y adonde Hicks, por pura chiripa, llega junto a la puerta de la cocina justo en el momento en que la esposa de Otto, Hildegard, está sacando una bandeja de bocados gratuitos a la zona de la barra, así que mientras otros intentan toquetear a Hildegard, Hicks, todavía cavilando sobre la comida siciliana del Bella Palermo, se las

apaña para hacerse con los suficientes bocados para aguantar al menos un par de horas más.

Más tarde, en la agencia de detectives Unamalgamated Ops, Hicks se encuentra a su jefe, Boynt Crosstown, esperando en el umbral y repiqueteando con los zapatos un nervioso *boogie-woogie*.

—Noticia flash —le dice, agarrando a Hicks y simulando tirarle de la corbata a lo largo del local hasta llegar a su despacho—, solo te pido un minuto.

Hicks intenta mantener una actitud profesional:

—Si por casualidad has oído algo a eso de la hora del almuerzo...

—Las piñas van y vienen —así llaman por aquí a las granadas de fragmentación—, olvídate de la reunión de la Cámara de Comercio de Santa Flavia y escíbeme un informe, se acabó la calderilla, nos ha entrado un cliente y es una persona extraordinaria, te digo yo que con él nadaremos en la abundancia... —y etcétera, etcétera.

—Ojalá no vinieras a trabajar cuando estás así, Boynt.

—Claro, claro, bueno, por una vez esto no es como soñar despierto en plena Depresión. Te garantizo que en este caso sí hay dinero, mucho dinero. ¡Lo he visto!

Con Boynt, eso suele acabar con un ilegible reconocimiento de deuda escrito a lápiz en una servilleta de bar húmeda. Hicks procura que la expresión de su cara no trasluzca ninguna duda.

—Esta vez va en serio, estaba allí mismo sobre la mesa, y verde... Tan verde como Wisconsin antes de que empezaran a talarlo.

—Qué lástima, mi colchón ya está por encima de su capacidad legal, los billetes sobresalen por las esquinas, ya me entiendes...

—Siempre has cobrado poco por tu trabajo —dice Boynt moviendo a un lado y otro la cabeza—, incluso antes del Crash, cuando bailabas por un centavo. —Pulsa un interruptor de su interfono—. Thessalie, ¿te importa traernos ese expediente?

—En Shorewood tenéis tramos impositivos completamente diferentes, ¿verdad? —A Boynt le llegan muchas pullas con respecto a la lucha de clases (en un *tempo* de máquina de coser industrial y sin parar), desde que, un día, una página de su expediente confidencial se plegó misteriosamente y tomó la forma de un avión de papel que entró volando en la habitación donde está el mimeógrafo, y en un abrir y cerrar de ojos las copias llegaron a todos los que trabajaban en el despacho, informando de los ingresos anuales de Boynt: un poco más de diez de los grandes, a lo que se añade lo que le corresponde del reparto de beneficios de varias pequeñas empresas cuyo cierre veremos algún día, aunque no a corto plazo.

Thessalie Wayward entra sin pedir permiso con la carpeta de un expediente de un tamaño no desdeñable que Boynt abre con dramatismo. Hicks atisba el recorte de un tabloide que le suena.

—¿Qué es esto?, ¿el bueno de Bruno ha aparecido otra vez? —Se refiere al multimillonario local Bruno Airmont, conocido en toda la industria láctea como el Al Capone del Queso en el Exilio desde que en plena noche, no hace muchos años, llenó de billetes el maletero de un coche y se largó—. Se supone que se pasa el día tumbado en una hamaca —finge recordar Hicks—, en una remota isla tropical, nadie está seguro de cuál, bebiendo cócteles Singapore Slings por una manguera para incendios. ¿Y qué le pasa? ¿La jubilación lo pone nervioso?

—En realidad, esto tiene más que ver con su hija Daphne, con la que, si no estoy mal informado, tienes algún lío.

—Eso fue hace mucho tiempo —dice mientras se saca unos cigarrillos del bolsillo de la camisa, se mete uno entre los labios y lo enciende—. ¿Qué hace ahora?

—Pues parece que tu antiguo amorío se ha fugado con un clarinetista de una banda de swing.

—Ya veo que se mantiene ocupada. Por lo último que supe, creo que estaba comprometida con un tipo relamido de la North Shore.

—De hecho, acabo de colgar el teléfono después de hablar

con ese feliz novio, G. Rodney Flaunch, de los Flaunch de Glencoe, que actúa como portavoz de las numerosas partes interesadas que nos han contratado, y, déjame que te lo diga, toda esa multitud no ha puesto la menor objeción a nuestras tarifas.

—¿Y el trabajo consistiría en...?

—Localizar a la señorita Airmont allá dondequiera que haya ido, convencerla de buenos modos para que abandone a ese clarinetista, y traerla de vuelta. Una sencilla recogida y entrega.

—Imagino que a algunos les parecerá muy divertido, pero, por desgracia, como recordarás, los problemas conyugales nunca han sido mi especialidad...

Tiempo atrás, cuando empezaba en el negocio, una de las primeras cosas en las que se fijó Hicks fue en la cantidad de predivorciadas que parecían dispuestas, solo en los condados de Milwaukee y Waukesha, a demorarse ante líquidos prohibidos por la ley mientras le contaban sus intimidades con todo lujo de detalles, como si lo confundieran con un abogado que no cobraba demasiado y que incluso ofrecía sus músculos gratis, lo que culminaba en situaciones románticas fáciles de imaginar (salvo cuando le pasaron cosas que nunca vio venir), y después de bastantes de esos episodios inesperados se encontró más que preparado para transferir los casos matrimoniales a vigorosos empleados júnior, como Zbig Dubinsky, quien considera que la invención de la cremallera delantera del pantalón es un importante paso en la historia de la civilización y puede soportar cualquier larga y triste historia que prometa la menor posibilidad de sacar el asunto a pasear.

Ignorando esto, como suele hacer, Boynt continúa:

—Bueno, pero está tu relación personal con la dama, claro... Perdona, ¿qué quiere decir esa expresión en tu cara?

—¿Esta? Es la de prestar mucha atención, diría.

—No. Si algo quiere decir es: «Pobrecito Boynt», y además impostada. ¿Quién te crees que eres para actuar como un dechado de virtudes? Aquí, el de pasado más glamuroso, incluso chillón, eres tú, ¿no?

—Lo que me hace menos cualificado si cabe...

Ahora se oye una repentina conmoción en la antesala y, segundos después, llega corriendo, y sin cita previa, Skeet Wheeler, un juvenil peso mosca tocado con un sombrero de ala corta, con Thessalie pegada a sus talones intentando agarrarlo, algo que Skeet no parece muy impaciente por evitar.

—¡Hicksie! ¡Tienes que hacer algo! Lo has oído, ¿no?

—Claro, todo el mundo en la ciudad debe de haberlo oído, pero ¿qué era? —Si alguien tiene información veraz, ese es Skeet.

—La camioneta de licores de Stuffy Keegan... Alguien ha tirado una bomba, lo han volado todo mandándolo al infierno.

—Cuida ese lenguaje —murmura Boynt.

—¿Stuffy está bien?

—Nadie dice nada, silencio total. Si no ha dejado la ciudad, si está todavía vivo, no anda por ahí proclamándolo.

Hicks ha conocido, o al menos ha mantenido en un archivo mental, a Stuffy Keegan desde el principio de la carrera de este, primero como pequeño delincuente y, con el tiempo, de chivato para el Departamento de Policía de Milwaukee, el DPM, para el que trabaja por cuatro chavos. Según los criterios que imperan en estos tiempos y en esta parte del mundo, los antecedentes de Stuffy, aunque son —técnicamente hablando— delictivos, la verdad es que no son nada del otro mundo, si se exceptúan sus episodios de pérdida del juicio paranoicos, incluido, para empezar, el que le trajo hasta aquí. En alguna fuga rutinaria, posiblemente debido a la falta de sueño, Stuffy empezó a ver en el espejo retrovisor un número creciente de agentes de la ley (que, incluso si eran lo que parecía, quizá en realidad no planeaban detenerlo, o ni siquiera se habían fijado en él en absoluto), pero, para cuando llegó a Waukesha, la situación le crispó tanto los nervios que buscó un teléfono, llamó a la policía y les rogó que fueran a buscarlo y pusieran fin a todo aquello.

«Eran patrulleros de carretera, les aseguro que lo eran, una división blindada entera, con las luces encendidas, y las sirenas, y...»

«Claro, señor Keegan, lo entendemos, y ahora no se preocupe, tomaremos las medidas oportunas.»

Convencido de que había algo defectuoso en su espejo retrovisor, ahora, cada vez que miraba por él, había empezado a ver algo que no quería, y Stuffy Keegan cambió el camión que conducía por un REO Speed Wagon con un retrovisor normal, una camioneta que al poco se volvería una figura familiar en medio de los destartalados convoyes que transitan por aquí, entre Detroit y Toledo, llevando habitualmente un cargamento de alcohol, de botellas de una pinta, cuya forma rectangular permitía que cupiera más mercancía en el limitado espacio; las botellas se compraban por dos dólares en Canadá y se vendían a este lado de la frontera por siete dólares a comerciantes que, a su vez, diluían el contenido de cada botella dos veces, y en ocasiones hasta tres. En los viajes de regreso desde Toledo, a menudo traían un cargamento de percas pescadas bajo el hielo del lago Erie, que acabarían apareciendo en los menús de los restaurantes especializados en pescado como «Perca del lago Michigan», porque la verdadera criatura casi se había agotado por exceso de pesca durante los últimos años.

—Ese camión —Skeet parece desolado— le sacó de muchos aprietos... Lo llamaba su pequeño barco de vapor con ruedas, y al final acabó hecho una ruina, sin ningún valor en el mercado de segunda mano.

—Te pones sentimental, chico, ve con cuidado, por una vez.

Mientras tanto, Boynt, tras haber echado su habitual y poco afable sermón a Skeet: «Recuerda que vivimos una Depresión galopante, solo podemos permitirnos ese trabajo pro bono, había un memorándum, te lo pasé yo mismo», toma el expediente de la heredera del queso fugada, tamborilea afablemente con él en la cabeza de Hicks, se lo pasa y regresa a su oficina.

—En cuanto le hayas echado un vistazo a esto, Hicks, dime lo que opinas. —No llega a dar un portazo, pero sí pone cierto énfasis en el modo en que cierra la puerta.

—¿Y ese mal humor con el que me ha tratado? ¿He interrumpido algo otra vez?

—Nada que no pudiera esperar. Nuevo reloj, por lo que veo.

—Un Hamilton, y también brilla en la oscuridad.

—Con bastante clase, Skeet.

—No puedo evitarlo, ella cree que soy muy mono. Es su forma de demostrarlo.

—Ajá. —Probablemente, se lo había quitado a alguien que salía tambaleándose de un garito clandestino, pero con Skeet nunca se sabe, de manera que Hicks reacciona con deslumbrante afabilidad. Skeet es uno de esos jóvenes modernos ladrones de guante blanco a los que ya no les interesan los relojes de bolsillo de los ancianos despistados, pues les parece más interesante birlar un reloj de una muñeca a plena luz del día, donde una hebillita con truco o una inesperada correa de seguridad pueden ralentizarte durante una fatal fracción de segundo.

Skeet se enciende la colilla de un puro que nunca parece consumirse demasiado, el más negro de los fumigadores italianos, denso como una piedra, que se apaga si no sigues dándole caladas hasta que al cabo de un rato dejas que se apague, pero lo mantienes en la boca pese a todo.

—Muy bien, ¿cómo lo enfocamos? —dice Skeet, sacando de alguna parte un cañón corto del calibre 32 y fingiendo comprobar si está cargado.

—Por todos los cielos, Skeet.

—Es el modelo para niños.

—¿Has estado disparando mucho esa arma?

—Solo en el vertedero, hasta ahora. Pero, calma, cualquier día de estos lo leerás todo al respecto en la primera plana del *Journal*.

Hicks solía hablar así cuando iba al instituto. Durante un minuto y medio, da un salto atrás en el tiempo y se ve a sí mismo como un niño.

—Vale, muy bien. Ahora, Skeet, sobre esa bomba, ¿tú qué dirías?

—Oí algo sobre alguna persona del Third Ward.

—Uy. —Hicks agita un dedo a modo de advertencia—. Si cuando crezcas todavía quieres ser detective, lo primero que tie-

nes que aprender es a mantener la mente abierta. Tal vez para el DPM y para esos, siempre, y en cualquier circunstancia, una bomba equivale a un italiano, pero en la vida real hay gente que pone bombas en cualquier parte de la ciudad, incluso entre razas como la alemana y la polaca. Y ahora dime qué hay del dinero, de la vida social, cuánto debe Stuffy y a quién, y si está liado con la amante de algún pez gordo.

—Para la vida amorosa entre adultos, más vale que le preguntes a algún chaval que venda periódicos, si de verdad quieres enterarte de algo. Esos chicos se mueven por todas partes.

Aunque Skeet no lee mucho la prensa, se las apaña para seguir las guerras de bandas como otros chicos siguen las ligas de béisbol, y lleva en su cartera una fotografía de Al Capone, recordada del *Journal*, sobre la que Skeet, o algún otro, ha escrito: «A mi colega Skeet, que me enseñó todo lo que sé, recuerdos y mucha suerte, Al».

Su información sobre sucesos recientes procede básicamente de tener el oído bien alerta y manteniéndose en estrecho contacto con el submundo de los chicos —vagabundos, estudiantes que se piran de las clases y golfillos, vendedores de prensa apostados en cada esquina y cada parada de tranvía—, quienes a su vez tienen sus contactos y las antenas puestas en lo que ocurre en las calles.

—Es como Mussolini —explica Skeet—: los críos más pequeños informan a los mayores, quienes a su vez me informan a mí, que te informo a ti y así hasta la punta de la pirámide.

—Y... aquí, ¿el Mussolini quién es?, ¿Pete Guardalabene?

—Tú ya lo sabes. Pete no es más que un jefecillo de nivel medio, lo mismo que Joe Vallone, y a los dos los manejan, como a todos los demás en esta ciudad, por control remoto desde Chicago.

La historia de Hicks y Skeet se remonta a un par de años atrás, a la época en que se produjo una de aquellas rachas de robos a bancos y detonaciones de piñas que de vez en cuando barrían la ciudad, dejando a los civiles con los nervios a flor de piel. Hicks

había metido la nariz en un banco recientemente abierto en Wisconsin Avenue, en nombre de un cliente cuyos ahorros acababan de desaparecer, bien durante el robo o bien metidos en la libreta de una futura exesposa.

Antes de que Hicks encontrara a alguien con quien hablar, se oyó un repentino estallido y la gente corrió en todas direcciones, gritando: «Han vuelto» y «Sálvese quien pueda», y demás. Hicks se colocó en un rincón de la planta donde no era probable que hubiera mucho movimiento, y esperó. No había sicilianos agitando escopetas de cañones recortados, no había ni rastro de olor a pólvora quemada, no había brigadas de bomberos ni bajas ensangrentadas a la vista. Verificación y doble verificación..., esperó. Al poco, desde detrás de una palmera emergió un pequeño aunque enérgico pilluelo con un bolsillo lleno de globos de goma y una reserva de alfileres. Mientras Hicks observaba, el chico hinchó disimuladamente un globo, le hizo un nudo, escudriñó a su alrededor buscando posibles objetivos, y se dio cuenta de que Hicks había estado observándole.

—Vaya.

—¿No te parece que en esta ciudad ya hay bastante movimiento?

—No me entregue, señor, solo soy un niño.

—Ya, claro, y ahora mismo me estás tomando el pelo. Vamos, piérdete de vista.

—Me ha salvado —añade el niño— del centro de reeducación, del correccional de Green Bay, tal vez de un sitio peor.

—¿Todavía estás aquí? Lárgate de una vez.

—A lo mejor usted no paga todo lo que debe, pero yo sí pago lo que debo.

Desde entonces, Skeet se ha ido presentando una y otra vez de repente en medio del barullo de la ciudad, silencioso, sin previo aviso, para revelarse poco a poco como un potencial aprendiz —que cuenta con todas las ganas necesarias, y tal vez incluso con algunas de las habilidades, pero todavía sin tener la menor idea de qué le espera al otro lado del siguiente umbral—,

que cree que quiere ser, el cielo le ayude, detective algún día. Y no, se apresura a señalar Skeet, un simple detective como Hicks, sino «Más bien un caballero, como Sherlock Holmes y los demás».

«¡Bien dicho!»

—Si no es un trabajo de profesionales —piensa Skeet ahora—, ese camión bomba, ¿es cosa de aficionados?

—De aficionados, francamente —dice Hicks encogiéndose de hombros—, y los aficionados, déjame decirte, ni de lejos son tan divertidos: poco dinero, chicas no muy guapas, demasiado trabajo, pocos ingresos...

—Sí, pero aparte de eso...

—Siempre hay que intentar hacer las cosas a lo grande, vivir a lo grande, chico, siempre, ¿me estás escuchando? ¡Glamur! Jugarse mucha pasta, explosivos de alta potencia, todo muy peligroso...

—Eres un genio como guía a través de los campos de minas de la juventud, Hicksie.

Hasta donde Hicks sabe, Skeet era uno de aquellos «bebés de navidades» a los que abandonaban en una caja de paja para que los encontrara el Departamento de Policía de Milwaukee. Había varios de estos refugios de policía por todo Milwaukee, donde un patrullero a pie podía refugiarse del frío durante un par de minutos, porque, si te apoltronabas allí, es posible que te despertara un operador del servicio de emergencias de la policía cuyo concepto de la diversión es acercarse a tu cabeza en plena noche y golpear un gong. En el suelo de esas pequeñas cabañas se esparcía heno para mantener cálidos esos pies planos preparados para echar puertas abajo, y a mucha gente le recordaba al portal de Belén, de manera que, cuando la Depresión golpeó con fuerza, los padres desesperados abandonaban a sus bebés en navidades no solo en las escaleras de las iglesias, sino también en esas cajas de paja del departamento de policía, con heno amontonado por todas partes. Una guardería navideña con patrulleros sustituyendo a los animales.

Skeet acabó siendo un experto en la iluminación callejera de la ciudad y cuánto se podía esperar o no de ella para ir de aquí para allá cómodamente —reflejos en ventanas de cristal, penumbras de farolas al final de las líneas de tranvía en las afueras de la ciudad, en paradas todavía sin nombre oficial—, apareciendo en determinados trechos de acera cuando las tiendas cerraban y las chicas salían del trabajo aturdidas y sin parar de hablar, envueltas en humo de cigarrillo y perfume en la lenta y creciente luz de la calle nocturna, sumidas demasiado profundamente en vidas a las que Skeet no veía ninguna forma plausible de acceder... Una *bildungsroman* de Milwaukee, como la llaman localmente.

Skeet iba a abrirse paso a trompicones a través de los sucesivos preceptos domésticos de su madre tutelar, quien tenía instintos lo bastante maternos, pero insuficientes o nulos para juzgar debidamente a sus propios novios, con consecuencias imprevistas y, en su mayoría, desastrosas, aunque había excepciones.

—¿Qué es ese olor? Huele como a goma quemada, ¿no?... Pero ¿qué hace el horno a ciento noventa grados?

—Me di cuenta de que, al lanzar, no te salían bien los efectos, Knuckles...

—Por favor, dime que no has hecho eso.

—¿Quieres que te la limpie a fondo? —Skeet se empeñaba en explicarse. Knuckles abrió de un tirón la puerta del horno y dejó a la vista entre las nubes de humo una pestilente y deformada bola de bolos—. Oh, no, ¿qué he hecho?

En ese momento, un nativo de Milwaukee normal habría sacado un mini revólver y aclarado las cosas allí mismo, seguro de que cualquier jurado local lo consideraría solo un homicidio justificado. En lugar de eso, Knuckles entrevió una oportunidad para educar al chiquillo.

—Lo primero que hay que aprender en esta ciudad es a no meter nunca una bola de bolos en un horno que esté por encima de los treinta y ocho grados..., además, ¿qué clase de educación

has recibido? —Sacude la cabeza con dramatismo ante la masa de Mineralite que ahora es incapaz de rodar por la pista de bolos—. Esto era una bola personalizada, me costó veinte pavos, chico, para ello vas a tener que colocar bolos lo que te queda de infancia, a cinco centavos la partida, y da gracias a que esta ciudad no sea Cleveland, donde solo te darían cuatro centavos.

Y así empezó la carrera como colocador de bolos de Skeet, que no tardaría mucho en ser descrita en toda la ciudad como «ilustre». Un duro diablillo con varias velocidades en la caja de cambios. Skeet aprendió rápidamente a manejarse en un entorno de bolos tan implacable como cualquier otro en el planeta. Mientras tanto, después de que Knuckles dijera adiós, apareció otro hombre que resultó no tener tantas inclinaciones paternales. La feliz pareja se trasladó a Shorewood, dejó a Skeet a su aire, y hasta más ver.

Cuando se corrió la voz, Skeet se encontró con que lo requerían para sesiones de toda la noche, y los dueños de las boleras confiaban en que mantuviera el orden y se ocupara de la hora de cierre, y Skeet incluso consiguió un grupito de ayudantes. Las cosas (y las propinas) salían rodadas, literalmente, porque los jugadores metían billetes de dólar entre los agujeros del pulgar y del índice y hacían rodar la bola hacia atrás con suavidad, incluso con respeto, hacia el chico que colocaba los bolos. Al cabo de un tiempo, Skeet empezó a apostar en las partidas de bolos aquí y fuera de la ciudad, y, poco tiempo después, había acumulado una suma considerable que tuvo el sentido común de mantener fuera de la bolsa de valores y dentro de una caja de seguridad en la banca Northern Trust.

Mientras Hicks introduce un formulario en la Underwood, Boynt aparece de nuevo y lo mira con cara de decepción.

—Empezando un caso, lo sabía.

—Negocio redondo —dice Hicks con indiferencia—. Espera y verás.

—Mira. —Boynt esboza su expresión de «Pobre diablo», que él cree que es inspiradora, pero no, no lo es—. ¿Sabes qué pasa por estos pagos cada vez que nuestra curva de productividad empieza a bajar en dirección a Illinois? Pues que la oficina de administración envía a más fisgones para controlar horas de trabajo y desplazamientos. ¿Es eso lo que quieres?, ¿tíos con lentes bifocales allá donde mires?

—Relájate, Boynt. Mantendré todo esto fuera de la contabilidad...

—Hicks, soy un tipo duro, no siento compasión con facilidad, pero tengo que decir que esta vez sí me das pena. Esos clientes tuyos están al borde de la desesperación, y sin embargo siempre se las apañan para convencerte y contratarte, ¿y tú sabes por qué?, claro que lo sabes, ¿verdad, Hicks?

—¿Por la ley seca? —Es una mera suposición. Boynt le echa la culpa de todo a la ley seca.

—¡Porque eres un bobo! ¡Un bobo redomado y certificado por el Consejo de Idiotas!..., ¿te lo había mencionado antes?, se me ha olvidado.

—Y con tantas palabras, ¿qué quieres decir?

—Te dejas engañar por cada llorica de poca monta que se cuela meando y gimoteando, sin la menor intención de pagar puntualmente, si es que paga, claro, ¿por qué iba a preocuparse nadie por un aviso de vencimiento que viene de un bobo?

—¿Significa eso que pierdo mi prima anual otra vez?

—Ah, y a propósito, antes de que rellenes ese formulario, ¿qué hay de ese camión bomba? Por raro que parezca, acabo de hablar por teléfono con Badger All-Risk Fiduciary Life y con la Teutonia Society local, y, ¿sabes qué?, ambos nos han contratado para echar un vistazo a ese mismo incidente, y cada uno de ellos pensaba que el otro nos lo había encargado también, es curioso, ¿eh?

—¿Lo ves, jefe? ¿Qué te decía?

—¿Ah, sí? ¿Cuándo me lo dijiste? Quizá no estaba muy atento. —Boynt se dirige al cajón de su mesa, donde, si esto fuera

Chicago, uno esperaría encontrar una botella de Old Log Cabin, pero aquí, en Milwaukee, es más probable que sea brandy Korbel, y Boynt saca ahora una botella de esa marca del cajón, la mira atentamente unos instantes...—. No, es demasiado temprano todavía —y vuelve a guardarla en el cajón.